

LAS LEYES FISCALES

EL ESPEJO DE LA IMAGEN

En Francia se está dando un curioso fenómeno. No hay manera de acrecentar la natalidad del país. Se han probado todos los medios indirectos: exhortaciones patrióticas, primas de recompensa, amenazas, discursos, conferencias, reglamentos y leyes. Han sido fundados innumerables comités y subcomités ligas, asociaciones, sociedades públicas y ocultas privadas. La Academia de Medicina, el Instituto de Francia, el Gobierno, la Prensa, se ocupan continuamente de tan magno problema. Es inútil: la cifra de población sigue estacionaria. Y si algo ha logrado demostrarse con tanta inquietud, es que los medios indirectos son impotentes, esto es, incapaces de dar más hijos a Francia.

Este raro fenómeno no puede atribuirse a la pereza de los ciudadanos. La actividad francesa, en este orden de cosas, está fuera de toda duda. Únicamente en París—y esto lo saben hasta los inocentes—se fabrican a diario (o se hace como si se fabricasen) centenares de millares de niños. Tampoco puede achacarse el fenómeno a una falta de moralidad. Los que han residido y simplemente viajado por Inglaterra, Alemania y Bélgica, pudieron observar que la moralidad de sus costumbres no es en manera alguna superior, en el fondo, a la de Francia. Sin embargo, la población de esos países va en aumento. ¿Se tratará, pues, de un problema económico? No, señor: antes y después de la última guerra, en plena prosperidad como en pleno quebranto, la natalidad francesa es siempre la misma. Si las dificultades de la vida influyesen en la procreación, ocurriría sin duda que en la Alemania actual, aniquilada, empobrecida y exhausta, la natalidad resultaría muy inferior a la de sus buenos tiempos antibélicos, cuando el Imperio era una de las más formidables potencias del mundo y el árbitro de Europa. Pero ocurre todo lo contrario: a pesar de su postración y su aniquilamiento económico, los nacimientos, en Alemania, durante el año 1921, han alcanzado—con gran espanto de los franceses, cuyos periódicos comentan desparpados el hecho,—casi la misma cifra que obtuvieron en 1913.

La explicación del fenómeno francés hay que buscarla, por lo tanto, por otro camino. Los franceses no tienen más hijos, sencillamente, porque no les da la gana de tenerlos. Y todas las soluciones propuestas no servirán de nada, todos los medios indirectos resultarán fallidos, mientras no se llegue a la única solución posible, que es la de convencer a franceses y francesas de que deben ser más, y al único medio directo, que es el de inducirles a multiplicarse por sí mismos, y sin necesidad de reglamentos. Si falta esta convicción, serán en balde los discursos, los comités y las leyes.

Quando en España oímos hablar de nuevas, radicales y salvadoras disposiciones encaminadas a suprimir la defraudación pública, a evitar que el Estado sea víctima de la mala fe del contribuyente, a obligar a todos los ciudadanos a que den al César lo que es del César, nos parece escuchar a uno de esos hermosos discursos que los franceses pronuncian en favor del aumento de su natalidad.

Es cierto que la defraudación alcanza en España, proporciones asombrosas y caracteres orfíacos. Entre los muchos instintos innatos que los españoles poseemos, el de defraudar al Estado es uno de los más notorios y amentes. Desorientar al fisco, burlarle, reírse y hasta molestar de él, es, para nosotros, uno de los más elementales deberes de ciudadanía, un hábito ingénito, una especie remotaísta, algo que nos fue inculcado y enseñado mucho antes que el abecedario. Y no sólo lo tenemos por una virtud, sino que lo contrarie me parece un vicio, o algo peor todavía; una candidez imperdonable y casi vergonzosa. Así recordo, y lo recuerdo mucho tiempo al pensar indefinible que se apoderó de ciertos amigos míos, todos ellos personas benévolas y caballeros perfectos, cuando al regresar yo de una larga estancia en países extraños, se enteraron de que había tocado la escala personal que a los viajeros me correspondía. Lo recibí como tributo a mi ingenuidad, más enorme, copiosa y anárquica, me quedé tan avergonzado y corrido que casi estuve a punto de volver a la oficina, a recoger el dinero que se me había olvidado defraudar al municipio.

Pero ese instinto es tan hondo, tan tradicional, y está tan arraigado en todas las clases de la sociedad española, que el querer destruirlo por medio de disposiciones legales es tan pueril como el querer aumentar la población de Francia por medio de pláticas persuasivas. El pueblo, la inmensa masa nacional, refractaria y astuta, hallará siempre en los textos administrativos innumerables descosidos por donde escapar a sus mallas, por muy urdidas que estén. Las burlará, las deformará, las corromperá o corromperá a los encargados de tenderlas, tan instintivamente refractarios como el pueblo a sujetarse a ellas; y a la postre, la ley saldrá vencida y la defraudación triunfante.

El único procedimiento para combatirla no es legal, es moral. Y así como los franceses no lograrán ser más numerosos hasta el día que se convencan de que deben crecer y multiplicarse, del mismo modo habrá defraudado en España hasta que los españoles nos convenzamos de que debe cesar.

¿Cómo infundir este convencimiento? Vayamos al fondo del problema. ¿Acaso los españoles somos una categoría singular de hombres, una rara especie de malsantes innatos, en el orden público, que defraudamos al Estado por puro gusto nuestro, en virtud de una inclinación irresistible e insuperable como la de las anacas? Yo creo que no; yo creo que la defraudación española es un producto del medio en que vivimos, un accidente crónico, si se quiere, pero circunstancial. La prueba está en que un español decente, transportado a Inglaterra, por ejemplo, ya no defrauda más, y en cambio un inglés intachable, transportado a España, en seguida siente la rara comezón de ponerse a defraudar a diestro y siniestro, como si no hubiese hecho otra cosa en toda su vida. La defraudación española es, pues una anarquía privada o particular, que sólo puede explicarse como reflejo de una superior anarquía colectiva y pública.

El español defrauda al Estado, porque se siente defraudado por él. El Estado es el espejo, el español es la imagen. El español paga al Estado una serie de impuestos, para obtener, a cambio de ellos, instrucción pública, justicia, comunicaciones, seguridad respecto al exterior, buena administración en el interior, satisfacción de sus necesidades ciudadanas, orden, libertad, protección suprema; en una palabra: gobierno. Si el contribuyente español hallase tales compensaciones a su esfuerzo, éste le parecería lógico, y en manera alguna intentaría susraerse a él. Esto es lo que le ocurre al contribuyente inglés, alemán o francés, e incluso al español que reside en cualquiera de las naciones bien administradas. Pero como, en lugar de las satisfacciones merecidas, el contribuyente se encuentra, una vez pagados los impuestos, con que en España la instrucción pública es deplorable, la justicia deficiente y las comunicaciones pésimas: con que la seguridad está siempre pendiente de un hilo, la administración hecha un caos, la libertad un mito, el orden un lío y el gobierno una ficción lamentable.—es natural que los tributos satisfechos le parezcan absurdos, puesto que de nada sirven, y que por lo tanto haga todo lo posible para evitarlos. Y entonces procura defraudar al Estado por la sencilla razón de que el Estado le defrauda a él. Los ingleses, los alemanes, los franceses, en un caso semejante, harían exactamente lo mismo.

El ejemplo-moralizador debe empezarse desde arriba. Si el Gobierno que actualmente tenemos pudiese sostenerse largo tiempo; si a éste sucediese, luego, otro mejor todavía; si los ministros fuesen todos hombres capaces, conocedores de su especialidad, y se mantuvieran cuatro, seis, ocho, diez años en sus respectivos departamentos, organizando e impulsando concienzudamente los servicios; dentro de dos lustros no habría ni un solo hombre normal que fuese defraudador en España, por la simple razón de que tampoco habría un español defraudado. Pero si hemos de volver a las locuras de antes, a las ambiciones personales, a las rancadillas políticas, los gobiernos eternamente interinos, los partidos turnantes y maleantes, a los ministros incapaces, a las juergas públicas irresponsables, a las catástrofes calamitosas y a la descomposición interna,

rier, todas las leyes serán impotentes para obligarnos a tener moralidad contributiva.—del mismo modo que todos los reglamentos del mundo no bastarán para obligar a los francoscos a tener más hijos.

*Rogamos a los que reciban
EL MUNDO y no estén conformes
con la suscripción, se sirvan
devolver el periódico a su pro-
cedencia.*

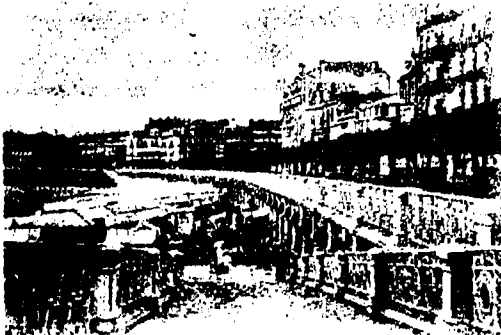
GAZIEL.

ARAGÓN EN CASTILLA

EMBAJADA ESPIRITUAL

Fué el sábado 8 de abril, por la tarde, cuando hizo su entrada oficial en Cuenca el nuevo Prelado Dr. D. Cruz La Plana, que desde la parroquia de San Gil, de Zaragoza, pasa a la silla de San Juan. Los obreros zaragozanos, que una

navegable, de la literatura del Ebro, del arte del Ebro... El domingo fuimos a despedirnos del Obispo, Castel, Buj. Torrefiel, L. Pardo y yo. Nos enseñó su Palacio; ya estaba la Virgen del Pilar presidiendo uno de los salones

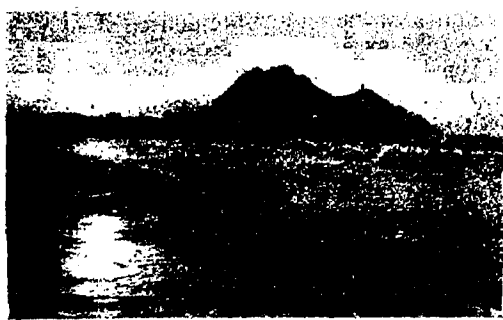


SAN SEBASTIAN.—Bajada a la Playa

empresa, también de Aragón, tiene ocupados en las obras del salto de Villalba, acudieron en varios camiones y levantaron los arcos en honor de su insigne paisano. Y significó la fiesta, aparte la demostración extraordinaria de religiosidad del pueblo de Cuenca, un acto de afirmación aragonesa. Porque Aragón presidió todos los actos. En la entrada, junto al Obispo zaragozano, iba Castel, el político turolense, y a la memoria acudía el recuerdo de Piniés, el Ministro de Huesca. El Obispo ha grabado en su escudo una bella fórmula: «Plenitudo legis dilectio». El amor es la plenitud de la Ley. Nadie como los dos políticos, porque su obra así lo dice, comprenderá el alcance de esas palabras... Después, prestado el juramento de ritual, ya revestido, avanzaba el Prelado bajo las soberbias naves de la Catedral gótica... La luz, que se filtraba por los cristales multi-

jamos entre sus feligreses. Poco después, en Carretería nos despedían las autoridades y amigos. A un grupo del que formaban parte Torralba, el simpático alcalde y los ingenieros Olmedilla y S. Ochoa, a quienes apenas había visto desde los tiempos de la escuela, dije al abrazarlos: Volveremos. Hay una empresa común que ha de unirnos, pues el ferrocarril Caspe-Teruel tiene su prolongación natural hacia Cuenca y Alcazar. Cuando esté en sazón, volveremos.

Doraba la parte alta de la ciudad un sol primaveral, y allí quedaba, como embajador espiritual de Aragón, el antiguo párroco de Caspe... Descuida, buen Obispo, descuida, Aragón irá hacia tí. Ayúdanos en nuestra empresa con tus oraciones y pronto veremos unidas la antigua parroquia con tu diócesis actual... Tenemos ya lema para nuestro escudo es el tuyo. «Plenitudo legis dilec



SAN SEBASTIAN. Efectos del sol en la Zurriola

colores de los afiligranados ventanales, hacía destacar su mitra, y en ella, junto a la imagen del Pilar, figuraban tres santos (también aragoneses: San Valero, San Vicente y San Lamberto. ¡Era Aragón triunfante! Aragón, Aragón siempre... Por la tarde y por la noche, en todas partes se nos obsecuaba con música del país. Y en las conversaciones de sobremesa, el tema aragonés dominaba, porque allí estábamos varios caballeros de ese ideal... Lorenzo Pardo, el autor del pantano del Ebro, hablaba del Ebro regularizado, del Ebro

EBASTIAN. Efectos del sol en la Zurriola
 «tío». El amor es la plenitud de la
 Ley. El amor está por encima de
 la Ley.

JOSE TORÁN DE LA RADA.
De La Provincia, de Tíriel.

El águila y el reptil

LEMMA: «Déjame ambición amiga»

Enfermaba el reptil, y era de envidia...
Muchas veces llevóle su delirio
a escalar las almenas
del señorial castillo
que sortaba con trazos arrogantes
el azul de los cielos infinitos...
El tenía en el foso,
seguro y grato abrigo:
rincones de frescura en el verano,
horas de sol en los inviernos fríos:
y, allí en la primavera,
cuando canta el amor su eterno himno,
el también lo escuchaba,
saboreando su placer dulcísimo,
entre blandas alfombras de verdura
bordadas de amapolas y de lirios...

Cierto día, lanesto,
un águila caudal puso su nido
sobre la erguida almena
de la torre más alta del castillo;

y desde aquel instante
sufrió el reptil dolores sin alivio,
pues en perpetua rabia devorado,
y en mortales envidias consumido,
se dedicó a escalar aquella altura
arañando los bloques de granito
y cayendo cien veces en el foso
sin poder conseguirlo...

Dicen que la constancia es virtud de ambiciosos y atrevidos: y constante el reptil en su deseo, tras de luchas y esfuerzos inauditos, llegó a escalar un día la codiciada almena del castillo...

¡Qué emoción tan profunda
sintió en su alma, el obstinado bicho!
Aquello era vivir: el horizonte
se alzaba ante sus ojos, infinito;
dominaba ciudades y campiñas,
ásperos montes, plateados ríos;
miró ponerse el sol, allá a lo lejos;
y miró con tristeza y sin cariño,
el foso abandonado
albergue de su vida de cautivo,
que era feliz, porque ignoraba mucho...
¡triste felicidad de los mezquinos!

Absorto contemplaba
aquel cuadro magnífico:
cuando de pronto, se sintió con hambre:
después, tembló de frío:
rebucó inútilmente,
en la desnuda almena de granito;
y cuando comenzaba a darse cuenta
de que el hambre y el frío
le matarían en aquella altura,
inclemente para él, y sin abrigo,
el águila llegó, tendió la garra,
y en dos segundos engullóse al misero...

Con fuerzas de reptil no intentes
escalar de las águilas el nido;
te expones a sufrir muchas caídas,
y si después de esfuerzos inauditos
consiguieras ganar la ansiada altura
no olvides los peligros
que en ella aguardan al reptil iluso
que pretende vivir y hallar abrigo
al lado de las águilas
sus más inercorables enemigos!

ANTONIO TEIXEIRA

DEL AMBIENTE

España, fuera de España

Se confunde, con abundosa frecuencia, al considerar la acción nacional fuera de la órbita propia, a los españoles con España. La escuela de los optimistas, que suele radicar, y ello está justificado ya que no sea legítimo, entre los hartos, los insensibles o los fácilmente impresionables, acostumbra a «nacionalizar» la acción personal privada con una afán inexplicablemente pueril. Hasta se ha dado con un lugar común sugestivo y consolador, encerrado en una frase ya estereotipada y vulgar: «los españoles fuera de España». Esta frase, a la cabeza de un montón de crónicas, en la portada de unos cuantos libros y en los labios de unos pocos —bastantes— políticos mitificantes, es la muestra más palmaria del equívoco con que se pretende ponderar el optimismo nacional y de la confusión con que se intenta pervertir la realidad. No puede loarse con ella el estado, la actitud ni la capacidad de España, sino la de algunos españoles. Y ello es tan negativamente representativo, que, antes que un símbolo, lo que exterioriza es la razón del pesimismo latente.

Regístranse, bajo el laudatorio epígrafe antedicho, los actos meritorios realizados por los españoles en países extraños, el altruismo, la heroicidad, la entereza, todo cuanto puede redundar en honor y lauro de sus actores. La bravura, por ejemplo, de un puñado de soldados intrépidos; la nostalgia de la patria, en los emigrantes lejanos del suelo nativo; los «cariños» de que sufren, en los bordes del Plata, los simpáticos y afortunados «gallegos»—nombre genérico de los inmigrantes españoles en América—; la perseverancia y el trabajo de los esforzados «indianos», que, luego de tenaz y plausible esfuerzo, tornan al terrón natal, a derramar sus riquezas entre los pilanes, bajo el cielo que alumbrara sus ojos al nacer, entre los brezos donde discurren su infancia; el patriotismo exaltado de muchos proscripciones del rincón hispano, defensores de él ante los extraños, ardorosos paladines del país de que volaron, buyendo a sus hambres y fatigas; el mérito de nuestros sabios desterrados; el triunfo de nuestros artistas, esclarecidos fuera de España. Todo ello es objeto de los aplausos de la escueta optimista. Y hasta se ha llegado a decir que los españoles no reconocen su importancia hasta que la comparan fuera del recinto propio...

Pues he aquí el equívoco. España, fuera de España, es otro tanto que dentro. Los españoles, fuera de España, son en cambio, si valen de veras, lo que les dejan ser; y como les dejan y les hacen ser más que en su patria, se crecen, se elevan, se dignifican. Pero los casos aislados no significan ni acreditan nada. Son puramente privados, personales; y a las veces, la mayor parte de las veces, evidencian la verdad de lo que es España dentro y fuera. Es de un capricho arbitrario e ingenuo aseverar que, por el hecho de haberse destacado un centenar o un millar de autóctonos en otras latitudes, España se engrandece y lava sus culpas. De un capricho arbitrario y de un «chauvinismo» xenófobo, patriótico. Es ello un defecto de pomposa univertualización estemporánea, ególatra y torpe. El español, dentro y fuera de su patria, podrá ser y será lo que alcanzase. Pero España, dentro y fuera, en su volumen total y representativo, seguirá siendo, allá como aquí y aquí como allá, lo que por experiencia se conoce.

Se habla de los españoles en América por ejemplo, y se citan a dos, a tres centenares de hermanos nuestros que han progresado y enorgullecen al solar na-